

Homilía Tedeum Fiestas Patrias 2025

Saludo a las autoridades, a los representantes de las organizaciones civiles y gubernamentales. A los fieles de nuestra Iglesia y a todos quienes nos acompañan hoy para orar por nuestra Patria.

Nos reunimos en oración para entonar una acción de gracias por el don de ser hijos e hijas de esta historia compartida, de este pueblo que habita en esta tierra hermosa y fecunda.

Dirigimos este Tedeum a Dios porque es Él quien con el suave soplo del Espíritu Santo inspira los corazones para impulsarlos al amor y al servicio de los demás. Y también como gratitud a todos quienes a lo largo de la historia han tenido la generosidad de contribuir al progreso, a la paz y la fraternidad. Sí, elevamos hoy este canto agradecido al Padre Creador porque nos reconocemos hijos muy amados y bendecidos, porque reconocemos nuestra tierra con todas sus riquezas, y todavía más, toda nuestra historia con todas sus luchas como un precioso regalo de su bondad y misericordia.

Las Bienaventuranzas de Jesús que hemos proclamado se nos presentan como un camino sorprendente y paradójico.

Declara dichosos precisamente a quienes se encuentran excluidos de los bienes terrenos más preciados: los pobres, los que tienen hambre, los que lloran, anunciando que ellos son los primeros destinatarios de la buena noticia de Jesús. Y con ellos incluye a los que solidarizan con sus sufrimientos y se hacen parte en la tarea de aliviar sus dolores.

Son así Bienaventurados los pobres y los que lloran, pero también los misericordiosos, los que se conmueven ante el dolor y la injusticia y los que con mansedumbre luchan por la justicia, la paz y la fraternidad.

Sorprendente anuncio que asegura la intervención del Padre creador del cielo y de la tierra en favor de los pobres y humillados. Su Espíritu colabora con el bien y la justicia, con el amor y con la paz. Es verdad que no dejamos de estar acechados por las fuerzas del mal y del pecado, pero su amor está presente en medio de nosotros favoreciendo a los pobres y humillados hasta la victoria

final. Precioso anuncio que nos llena de esperanza y así nos fortalece en nuestro compromiso con este sueño de fraternidad que es la patria.

Las Bienaventuranzas se establecen para nosotros como el criterio fundamental. Para Dios los últimos son los preferidos, y nuestro camino de plenitud, personal y social, pasa por hacernos responsables del cuidado y la protección de ellos. Sabemos bien, aunque torpemente lo olvidamos tantas veces, que hay más alegría en dar que en recibir, en ser útil a los demás que en utilizar a otros en mezuino beneficio. Sabemos bien que una nación es más digna y hermosa cuando cuida de todos sin exclusión alguna. Cuando pensamos en Chile debemos hacerlo siempre desde los últimos, los más vulnerables.

Damos gracias a Dios por quienes han transformado nuestra Independencia en voluntad de gestar progreso y desarrollo para todos los hijos e hijas de esta querida tierra. Quienes ayer y hoy se comprometen desde los distintos espacios públicos y privados para contribuir a que en nuestra tierra se cumpla ese sueño de ser “la copia feliz del edén”.

El aporte de todos y de cada uno es fundamental, pues los ciudadanos no somos solo destinatarios de los bienes que el Estado debe garantizar, sino que también somos juntos responsables de que Chile pueda cumplir con su misión, como expresa esa feliz sentencia de San Alberto Hurtado “La Patria es una misión por cumplir”.

Así como los miembros de un cuerpo que son diversos, se requieren unos a otros, y juntos colaboran al bien de todos, cada uno de nosotros está llamado a comprometerse activamente en el bien de Chile. Cada uno desde su ámbito específico es importante e imprescindible.

Por ello, en este día de fiesta, damos gracias por tantas personas que cumplen con sus responsabilidades con esmero y generosidad, por tantos que no funcionan solo en pos de sus intereses individuales o que no se conforman con un cumplimento meramente formal de los deberes laborales y sociales que le corresponden. Por aquellos que comprenden que, con su servicio, por pequeño que pueda parecer, están colaborando en la vida de todos, especialmente cuando se trata de los más pequeños y vulnerables.

La elección democrática de nuestras autoridades es, también, una grave responsabilidad que pesa sobre todos. Es una forma privilegiada de como expresamos nuestro compromiso por el bien común. Nadie se puede excluir de esta delicada tarea que exige interesarse por la cosa pública, conocer a los candidatos y sus propuestas y discernir pensando no solo en los intereses individuales sino en el bien común, especialmente pensando en los más postergados. Me permito recordar que desde la enseñanza social de la Iglesia el voto no es solo un derecho, sino también un deber que debemos cumplir con gran responsabilidad.

Nos corresponde a todos contribuir con un clima de debate sincero y respetuoso. Les pedimos a los candidatos que manifiesten su madurez cívica, evitando la pequeñez de centrarse en la descalificación de los adversarios en vez de manifestar los valores de las propuestas que apoyan y proponen, para que el tiempo de las campañas sea para debatir ideas y programas para el bien de Chile y no una mezquina lucha de poder.

En este marco de diálogo democrático me permito hacer presente la urgencia de poner la dignidad de la vida humana en el centro. Y lo hago consciente de los debates en curso sobre el aborto y la eutanasia, pero también en la convicción de que este es el valor que requerimos tener presente para enfrentar los temas de seguridad, de vivienda y muy especialmente de migración.

Sabemos que se trata de situaciones complejas que solo pueden ser resueltas en un discernimiento delicado, profundo y creativo. Como saben, guiados por la Palabra de Cristo que nos pone de parte de los últimos, no podemos consentir con medidas que atropellen la vida y la dignidad de ninguna persona humana, en ningún momento de su trayectoria.

Es cierto que ello lo manifestamos desde la luz que nos ofrece la fe que nos permite reconocer el valor sagrado de cada persona. Hay quienes nos manifiestan que esa convicción religiosa no se puede imponer en un mundo secular. A ellos les preguntamos: ¿Cuál es entonces el valor fundamental y absoluto? ¿Cuál, sino es la dignidad de la persona humana, el valor innegociable, que no se transa, el valor definitivo que debe regir nuestra convivencia? ¿Cuál es la línea infranqueable que nunca se debe traspasar?

¿La autonomía individual? ¿En verdad creemos que se puede reemplazar la dignidad de la vida humana por la sola autonomía del individuo? Si fuera así, habría que reconocer que ella es una línea difusa y que en definitiva no será la autonomía de todos sino de los más fuertes. Pero, ¿no es precisamente la autonomía individual la que necesita un marco que la limite?

Desde la luz del Evangelio, pero también desde la fuerza de la razón, sostenemos, con claridad y valentía, incluso sabiendo que no es la voz más popular, el imperativo moral de cuidar y respetar en todo momento y circunstancia la vida humana, desde su concepción hasta la muerte natural, sin exclusiones debido al lugar de nacimiento o de cualquier otra circunstancia. La dignidad humana como el valor absoluto y definitivo ante el cual la misma libertad humana se inclina respetuosamente.

Esta convicción nos exige más y nos exige a todos. Es más fácil excluir y desechar. El camino del respeto irrestricto a la dignidad humana obliga a ser creativos y buscar nuevos caminos para expresar el compromiso y la solidaridad con todos, especialmente con quienes más sufren.

Invocamos a Nuestra Señora del Carmen, Reina y Madre de Chile, para que ella nos anime a participar con ánimo decidido en la construcción de una patria de hermanos, donde todos y todas tengan pan, trabajo y alegría.
Dios les bendiga. Viva Chile.

+ Galo Fernández Villaseca
Obispo de Talca